

Montserrat, símbolo antifranquista

La otra historia c

Por ELISEO BAYO Fotos: MANUEL ARMENGOL Y Archivo

Don Aureli Escarré, abad de Montserrat, fue durante muchos años el símbolo de la resistencia religiosa contra FRANCO, la única autoridad que se atrevió a decir públicamente que el Régimen era la «primera subversión que existe en España», el prelado que había elegido el honor de Dios por encima de su propia seguridad. Ahora un antiguo monje de Montserrat, Don Narcis Xifra, ayudado por un colectivo de monjes que permaneció en el anonimato por temor a represalias, ha revisado aquella historia y nos deja literalmente estremecidos ante un tema singularmente polémico y conflictivo que hemos cogido con pinzas. Según los documentos de esos monjes, consultados por INTERVIU, la Iglesia española pierde con Escarré a su único símbolo antifranquista. Permanece en su sitio junto al Dictador. Excepción hecha del Cardenal Vidal y Barraquer, del obispo Mújica y de un puñado de sacerdotes republicanos que eligieron el exilio. Y de los curas vascos fusilados.

El 14 de noviembre de 1963 el diario de París «Le Monde» publicó en su primera página unas declaraciones del Abad de Montserrat, Don Aureli M. Escarré, que fueron consideradas como una bomba política contra el Régimen del general Franco, al que calificaba como la primera subversión que existe en España. A pesar del tiempo transcurrido muchos demócratas no han podido olvidar las palabras al pie de la letra del Abad: En su conjunto el Gobierno español no es católico. Sobre el problema nacional catalán decía: Cataluña es uno de los ejemplos típicos a los que puede aplicarse la Encíclica en lo referente a la minorías étnicas. El Estado debe favorecer estas minorías y su vida cultural: el Régimen impide el desarrollo de la cultura catalana... Cataluña es una nación entre las nacionalidades españolas. Tenemos derecho como cualquier otra minoría a nuestra cultura, a nuestra historia, a nuestras costumbres que tienen su propia personalidad dentro de España. Somos españoles, no somos castellanos.

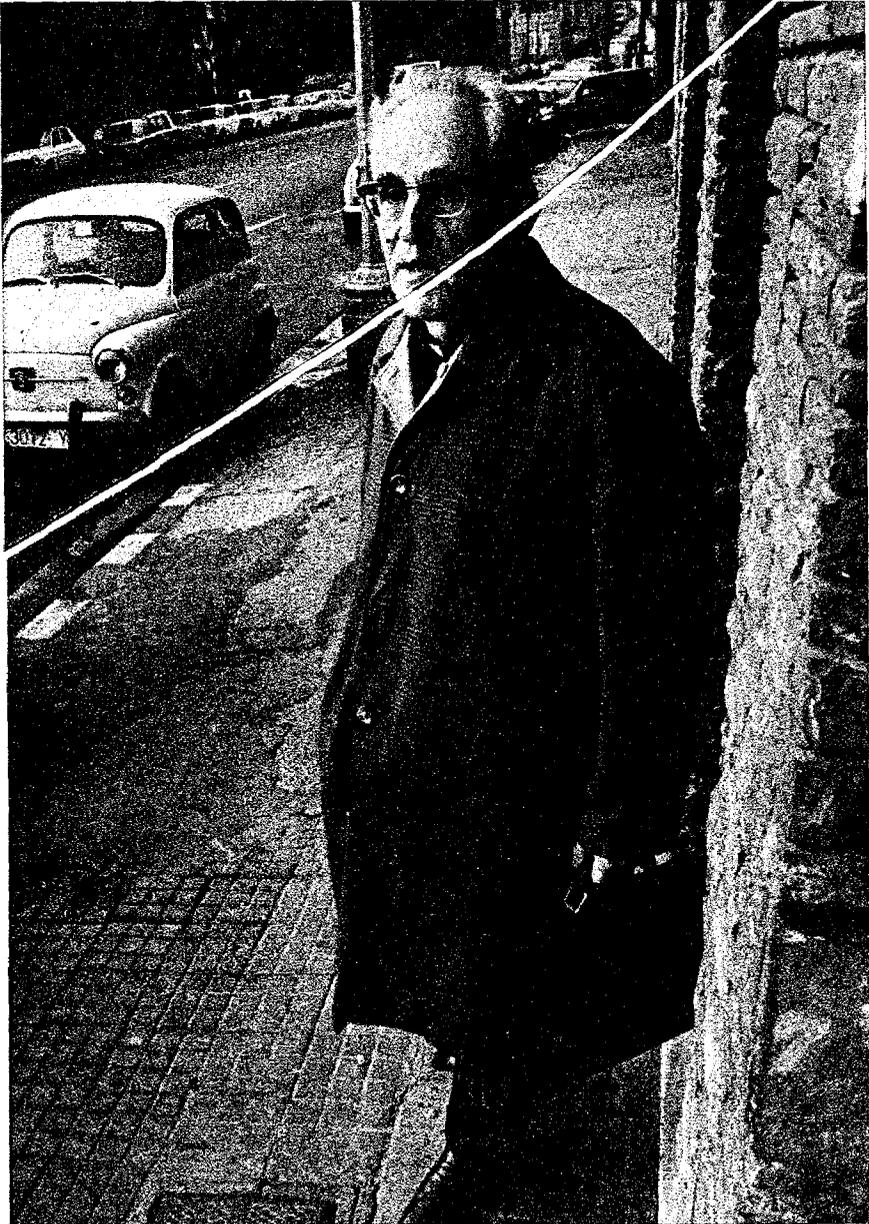
Algunos teníamos razones para no olvidar las palabras de Escarré. Desde casi dos meses antes los presos políticos concentrados

en el mayor penal de la península, el de Burgos, estábamos exigiendo el derecho a la libertad de conciencia.

Se nos obligaba a ir a misa a toque de corneta. Cinco presos políticos —Luis Expósito Medina, Vicente Llopis, Vidal de Nicolás, Jorge Conill y el autor de estas líneas—, en representación de nuestros compañeros, nos habíamos negado a asistir a la misa dominical. El director del penal, Esteban Chavala Piedrahita, reaccionó con la dureza habitual en los carceleros de la época. Nos envió a celdas de castigo con la máxima sanción, cuarenta días a rancho, totalmente aislados y con prohibición de leer, fumar y pasear. Y repitió el castigo cada domingo. Los abogados y los amigos en el exterior emprendieron la campaña en nuestro favor y una comisión visitó al Abad de Montserrat. Se indignó monseñor Escarré y prometió poner el asunto en conocimiento del Vaticano. La reacción fue fulminante. Quizá por primera vez en la historia del Régimen la diplomacia vaticana obligaba a los gobernantes españoles a retroceder en sus actuaciones. Hubo una nota



El abad Escarré



El abad Escarré (izquierda), un símbolo antifranquista que ahora es puesto en cuestión por el Padre Narcis Xifra (arriba).

de protesta de la Nunciatura ante el Ministerio de Justicia y éste ordenó a la Dirección General de Prisiones el levantamiento del castigo. El director del penal se asustó tanto que casi nos sacaron de las celdas a empujones. Se había ganado la batalla por la libertad de conciencia, aunque el Régimen siguiera vulnerándola en penales ignorados. Paralelamente, el Abad Escarré había llamado a José Antonio Novais, corresponsal de «Le Monde», y le ofreció las sonadas declaraciones entre las que figuraba esta adhesión inolvidable: Me solidarizo con los cinco presos políticos castigados en el Penal de Burgos por exigir el respeto a su conciencia.

La respuesta del Gobierno y la de los «incontrolados» no se hicieron esperar. Protegidos por la policía política de la época, grupos fascistas atacaron a las organizaciones catalanas. El «Casal de Montserrat» fue incendiado el 22 de diciembre y en las paredes calcinadas apareció una consigna: «España: una bandera, una patria, una lengua». El Gobierno, por su parte —con Fraga Iribarne, como experto— inició una campaña de descrédito y de represión contra las actividades catalanas. El dos de octubre de 1968 moriría Aureli M. Escarré, tras haber sido separado de su cargo y, según las noticias de la época, obligado a exiliarse.

MONTSERRAT, ALGO MAS QUE UN CONVENTO

Sin embargo, un testigo de excepción, el sacerdote don Narcis Xifra, monje del Monasterio de Montserrat durante una dilatada época de su vida —y que coincide, además, con los años más críticos del Monasterio— aporta ahora una versión de los hechos diametralmente opuesta. Durante varios meses hemos tenido el privilegio de leer centenares de documentos originales que afectan a la historia del Monasterio de Montserrat. Ha sido labor imposible elaborar una síntesis de los mismos, apta para el conocimiento de los que somos ajenos a la enorme jungla de las discusiones internas de un convento. Se entrecruzan posiciones encontradas sobre un fondo que unas veces es eminentemente religioso y otras político. Sin olvidar que si la diplomacia vaticana es de una sutileza inextricable, la de un orden tan antigua y poderosa como la de los benedictinos no le va a la zaga. Sin olvidar que el Monasterio de Montserrat es algo más que un convento, es un símbolo para los catalanes.



un libro titulado «Montserrat. Julio de 1936» (Librería Balme-siana, Barcelona) que fue vapuleado por tirios y troyanos. Su versión de los hechos le hizo acreedor de los insultos de «Fuerza Nueva» y de las amenazas de un sector clerical fanático. Desde entonces Narcis Xifra ha ido reuniendo documentos explosivos y es cierto que no habría podido recuperarlos si no hubiera contado en otro tiempo con la ayuda discreta de algunos monjes de Montserrat compañeros suyos.

Narcis Xifra, vaya por delante, tiene un limpio historial religioso, liberal y republicano. Un certificado del Comité Departamental de Liberación del Alto Garona avala claramente que el monje trabajó en la clandestinidad, en el secretariado de informaciones, desde 1942 contra los alemanes hasta la liberación de Francia. Desde los primeros días de su exilio a Francia, en 1937, escribió artículos en la prensa europea contra Franco y junto al famoso jesuita demócrata Joan Vilar i Costa hizo en 1946 unas declaraciones muy comentadas en el Vaticano. El pueblo —decía Narcis Xifra— estaba muy orgulloso de su República. Era la primera vez que los españoles habían sido capaces de trabajar juntos por el bien común, superando sus diferencias. El trabajador ganaba salarios más altos, el campesino recibía ayuda y por fin el pueblo español parecía salir de su pobreza. El golpe terminó con todo. Nos condenó a todos a un baño de sangre... Muchos sacerdotes fueron tan indiscretos como para correr a la calle a proclamar su regocijo, en tanto que los obispos ordenaban de hecho a sus fieles que desertasen de la República y se adhirieran a un gobierno de usurpación.

FRANCO CONTRA EL MONJE

Desmitificar la figura del Abad Escarré debe parecer, en principio, sospechoso. La historia de Montserrat, el corazón sagrado de los catalanes, debe ser intocable. A condición de que no se entronice la mentira —dice don Narcis Xifra—. Porque estoy convencido de que ni la Iglesia, ni Cataluña, ni la democracia necesitan mentiras para sostenerse. El otro monje de Montserrat Narcis Xifra —Marcelo fue su nombre de religión— publicó hace dos años

Pero el P. Xifra, no pasó a la historia por estas declaraciones, ni tampoco por haber sido comisionado por el Abad Marcet (1). Tuvo que vivir en el exilio y, lo que fue más grave para él, hacer frente a las conspiraciones de Monseñor Escarré. Una carta de éste al P. Xifra, fechada en 1942, explica crudamente cuál era el clima de la época: La posición del Gobierno contra usted es insuperable. Os impide volver a Montserrat. Precisamente antes de la

llegada de Franco a Montserrat, la policía le reclamó a usted y le habría detenido si hubiera estado aquí. Además, tengo orden de la policía de que si usted vuelve, para evitarle un proceso y una prisión segura, le haga ir a un Monasterio fuera de Barcelona. Y ciertamente no valdrían excusas ni reclamaciones. Era la época dorada de Monseñor Escarré y la amarga de tantos frailes perseguidos por sus ideas democráticas. Una historia poco o nada conocida.

(¹) Para una de las más inéditas y asombrosas operaciones: la liberación de los monjes prisioneros en la Modelo. Negociación en la que entraba el gobierno republicano; pero en la que la representación de Montserrat debía permanecer oculta.

—¿Le mueve a usted el rencor?

—De rencor o de venganza, nada de nada. Me considero una de tantas víctimas de la histórica e inatacable oligarquía de antes de la guerra que propició la elección abacial de don Escarré. Fue una de aquellas oligarquías que sólo florecen en las grandes casas religiosas regidas por superiores constituidos en dignidad vitalicia y absolutista. Todo esto puede probarse no solamente con ejemplos vivos y con testimonios fidedignos, sino con documentos y manuscritos de monjes mayores que me los legaron. Su contenido haría estremecer a las mismas piedras si fuesen publicados. Si el largo paso de los años ha curado nuestras pasadas y dolorosas heridas, sólo la fe conservada nos ha ayudado a apreciar más y más la vocación recibida.

¿VANIDAD Y SOLO VANIDAD?

—¿Por qué quiere usted revisar la versión sobre los verdaderos motivos de la expulsión de monseñor Escarré?

—En primer lugar, porque soy eclesiástico y al igual que otros compañeros no queremos colaborar en el mantenimiento de una explicación falsa que compromete al propio Papa Pablo VI y a tantos compañeros víctimas del Abad. Tenemos argumentos para demostrar que la salida de Escarré no se debió a una represalia política. Para empezar —y tal vez para terminar la polémica— le avanzo que hemos tenido acceso a las memorias inéditas del que fue general de la Orden, al P. Celestí Gusi. Pues bien, en esas memorias se puede leer nada menos que esto: Cuando me enteré de que alguna gente devota del Abad Aurelio (Escarré) criticaba duramente al Papa y a la Santa Sede —porque al interesado le convino



Clero en escena campestre: el abad Aureli Escarré (en el extremo inferior derecho de la foto) con un grupo de jóvenes religiosos.

hacer creer en una conducta dura por parte de Roma o del Gobierno—, me dolió mucho. Es una difamación, un escándalo que debería haberse ahorrado porque se funda en una versión falsa de los hechos.» Y el P. Celestí Gusi —cuya personalidad está fuera de duda puesto que siempre hizo tándem con Escarré, a pesar de que luego lo «defenestró»— se hace estas preguntas sobre la conducta del Abad Escarré: «¿Inconsciente? ¿Efecto de confusión mental? ¿Vanidad de hacerse, de sentirse importante, símbolo, héroe?» Nosotros creemos que no podía esperarse más del P. Gusi, conocida su prudencia. ¿Pero no es suficiente, tratándose de un anciano que a la hora de escribir sus memorias ha querido dejar constancia de que, en efecto, el Abad Escarré había hecho correr una versión falsa de los hechos? Lo que la mayoría de la gente ignora es que Escarré había sido «defenestrado» de su cargo, tenía dificultades graves en el Monasterio y sus excesos con la comunidad le había hecho acreedor a una sanción del Vaticano.

YA NO ERA ABAD

—Explíquese, con datos.

—Presionado por un «ultimátum» de los monjes más representativos, Aureli Escarré firmó el 8 de septiembre de 1961— fijese, tres años antes de sus famosas declaraciones —una carta dirigida al General de la Orden, el P. Gusi, por la que renunciaba al gobierno del Monasterio de Montserrat y pedía un coadjutor. Alegaba como motivo su poca salud, que no era mejor ni peor que después de renunciar.



El Padre Narcis Xifra en tiempos de exilio, con un grupo de refugiados españoles en Francia, militantes de la Resistencia.

En aquella carta y en numerosas otras posteriores reclamó todos los honores suplementarios y el derecho de aconsejar y de intervenir en los asuntos más importantes del gobierno del Monasterio. Para ello invocó el estatuto adoptado cuando el Abad Marcet solicitó un coadjutor, pero olvidaba Escarré que la idea había partido entonces de la comunidad, identificada con el Abad Marcet.

»En 1961, ni Escarré, ni ningún monje, ni ninguna organización política reclamó motivaciones políticas en el acto de la renuncia, ni se dijo que la comunidad fuera franquista y él demócrata. Pero el hecho de que Escarré mantuviera las prerrogativas y los honores externos llevaba a pensar, sobre todo fuera del Monasterio, que las cosas seguían igual.

JUGADA PARA PROVOCAR AL GOBIERNO

—¿Por qué se había eclipsado la figura de Escarré dentro del Monasterio?

—Es imposible resumir en unas líneas una serie de hechos que perfilan la verdadera personalidad del Abad Escarré. Tuvo el mérito de hacerse con todo el poder y lo usó de manera autoritaria, déspota y por tanto arbitraria. Dividió a la Comunidad, que todavía lo está, y hubo escándalos notables que no trascendieron en la época. En mi próximo libro los describo minuciosamente y argumentadamente. Lo que sí puedo decirle es que Escarré se vio obligado a renunciar a la Abadía presionado por los monjes. Incluso tuvo que acudir a Roma para dar cuenta de un suceso terrible por el que objetivamente, es decir, se-

gún el Código de Derecho Canónico, incurrió en delito de excomunión.

—¿No es exagerado?

—¡Es cierto!

—¿Se refiere usted al caso del P. Maiol Baraut?

Aquí el P. Narcis Xifra adopta una inmovible postura, ligada a la más tradicional habilidad eclesiástica. No asiente explícitamente, tampoco niega. El secuestro del P. Maiol Baraut fue noticia que circuló por algunos ambientes restringidos, pero sobre la que existe amplia documentación. La Iglesia no divulga escándalos, pero tampoco los olvida.

agradecida— he de decirle que el probable oportunismo del Abad Escarré tuvo efectos más beneficiosos que el sublime silencio de ustedes y del resto de la jerarquía eclesiástica. Denunció ante el mundo la situación de los presos políticos, que conseguimos el derecho a la libertad de conciencia y sus palabras estimularon a otros obispos.

—Lo consiguieron ustedes, con su sacrificio.

—Pero en aquellos momentos, de nada habría servido este sacrificio sin la caja de resonancia del Abad Escarré.

—Nosotros estamos poniendo en su lugar a una figura histórica. Se

—Lo afirmo y lo pruebo. Después de haber tenido que renunciar a la Abadía en 1961, lo que ciertamente fue un durísimo golpe contra él, tuvo que enfrentarse a otra situación todavía más molesta. Había puesto en marcha otra intriga que le salió mal. El mismo había solicitado una visita canónica extraordinaria, esperando manejarla a su antojo para recuperar el poder que había recaído en el Abad coadjutor Brassó. Una mayoría aplastante de la comunidad, interrogada uno a uno por los visitantes (el Abad general del Cister, Kleiner, y el benedictino de Clavau, Don Jean Leclercq) se manifestó adicta a Brassó, condenó la actitud del grupo escarrerista y coincidió en que los problemas y el malestar del Monasterio se fundaban en las intrigas de Escarré contra el Abad coadjutor de Régimen. Según dijo después el visitador principal más del 80 por ciento de los monjes pidieron que Aureli Escarré, que de hecho no compartía la vida monástica, pasara una temporada en un monasterio del exterior.

LA BUSQUEDA DEL PROPIO HONOR

Concluida su misión —continúa don Narcis Xifra—, los visitantes elevaron sus conclusiones al General Gusi, quien las aprobó totalmente. Los dos abades, Escarré y Brassó, fueron llamados a Roma para comunicarles el resultado. Era el 26 o el 27 de enero cuando se les notificó por separado. La recomendación de los dos visitantes, aprobada por el General, de pedir a Escarré que pasara una temporada fuera de Cataluña fue mantenida en secreto, aunque en seguida la conoció la comunidad. El Abad Gusi se la sugirió delicadamente a Escarré y le ofreció la posibilidad de salvar su buen nombre, de forma que en lugar de ser expulsado del Monasterio se ausentara por su propia voluntad. Así lo aceptó y prometió mantener esta actitud. Pidió únicamente volver a Montserrat para recoger sus cosas y hacerse operar en Barcelona.

»Pero a su regreso inició una actitud frenética desde la Clínica y desde el Monasterio, enviando centenares de cartas y rodeándose de gentes para dejar entender, o diciéndolo claramente, que había sido expulsado por razones políticas. Como era lógico y justo, los sectores catalanistas populares se sensibilizaron con la noticia. Brassó quiso ponerse en contacto con Escarré para acordar en común una versión sobre los motivos de la salida, pero Escarré no quiso recibirlo y las negociaciones se hicieron por

medio de secretarios que andaban de una celda a otra. Escarré proponía esta nota: «Por Orden de la Secretaría de Estado, exigida por el Gobierno español, el P. Abad Aureli se traslada a Roma donde colaborará en los trabajos conciliares del esquema 13 y de la libertad religiosa; de momento irá a Viboldone, cuyas religiosas le han pedido desde hace tiempo redactar sus constituciones.» Brassó, con el consejo de sus decanos, rechazó esta versión, falsa de pies a cabeza y calumniosa. Después de muchas negociaciones se convino un texto ecléctico que no decía gran cosa, pero cuando Escarré se disponía a tomar el avión en el Prat, entregó a los periodistas que le preguntaban el motivo de su viaje el texto de acuerdo con su versión.

»Esta falsedad, culminación de tantas mentiras, escandalizó a todos los que sabíamos la verdad. Uno de sus secretarios hasta hizo comentarios jocosos en el aeropuerto. En Montserrat todo el mundo estaba escandalizado e indignado. Cassià Juts, entonces Prior, según explicó él mismo, le escribió una carta muy dura, reprochándole el embuste y la calumnia en que había incurrido. Hay constancia de esta carta, por más que ambos se reconciliaran después en el Monasterio de Cuixà.

EL DISGUSTO DEL PAPA

—¿Se supo cuál fue la reacción del Vaticano?

—Escarré había pedido audiencia al Papa, pero éste jamás se la concedió. Poco después de salir Escarré de Montserrat, Pablo VI le dijo a Brassó que al ver la versión que había hecho circular de su salida, presentada como una claudicación del Papa ante Franco, precisamente cuando más se esforzaba el Papa en renovar el episcopado y en independizarse del Régimen, que su primera reacción fue la de ordenar que se redactase una nota desmintiendo oficialmente la falsa noticia. Pero después pensó que se trataba de una persona enferma y que el desmentido promovería un escándalo, tratándose de un prelado tan conocido, y por ello creyó que lo mejor era guardar silencio, aunque él, el Papa, hubiera tenido un gran disgusto.

Es más que probable que el libro del P. Narcis Xifre, levantará una polémica huracanada. No son las memorias del rencor, insiste una y otra vez. Son el balance de muchas vidas rotas por los mismos esquemas en los que creyeron hace más de cincuenta años. Los otros hemos ganado una amargura más.



El abad Escarré con el Papa Juan XXIII. Narcis Xifra afirma que el legendario abad tuvo que acudir a Roma para dar cuenta de «un suceso terrible, por el que había incurrido en delito de excomunión».

Todo está escrito y registrado. El P. Baraut, encerrado en «Can Castells», una residencia del Monasterio, enfermo, vigilado, espiado y golpeado, fue rescatado «in extremis» gracias a las gestiones de un hermano suyo, provincial de otra Orden, ante la Sagrada Congregación de Religiosos en Roma.

—La marginación creciente de Escarré —continúa don Narcis Xifra— en el Monasterio, su deseo de salir airoso de sus dificultades y su necesidad de buscar un pretexto honroso para marcharse de Montserrat le llevaron a hacer las famosas declaraciones.

»Su entrevista publicada en «Le Monde» fue la última y suprema jugada de una escalada por la que pretendían provocar al Gobierno y hacerse expulsar para convertirse en mártir y poder ser nombrado obispo a la caída de Franco, en lugar de ser un abad fracasado y retirado.

—Como parte interesada —y

ha dicho después que los monjes pidieron el alejamiento temporal de Escarré por oposición a sus tomas de posición políticas. No es cierto. Las razones eran fundamentalmente monásticas. Fuera de unas contadísimas excepciones (se podrían contar con los dedos de una sola mano) toda la comunidad era y es catalanista y democrática, más que Escarré y más sinceramente que él. En todo caso, lo que les desagradaba no era lo que Escarré decía, sino el hecho de que lo dijera él, atendidos sus antecedentes franquistas, el despotismo de su abaciado y el lugar que ocupaba. Hay que recalcar que sus declaraciones fueron hechas cuando era Abad dimisionario.

LA MAYORIA CONTRA ESCARRE

—¿Afirma usted que la mayoría de la comunidad exigió el alejamiento de Escarré por motivos internos, comunitarios?